

VIERNES SANTO EN EL CAMPO DEL PRINCIPE

No he pretendido significar —ni muchísimo menos—, con esa evocación de la Ciudad Sagrada que Jerusalén, escenario maravilloso y único de nuestra Redención, esté exclusivamente allí. Allí está el testimonio —impresionado y vivo— de la piedra, del árbol, de la fuente, de la Vía Dolorosa y del Gólgota. Allí está entera la Pasión, sin aditamentos ni deformidades; permanente, desnuda y descarnada, como la roca de las angustias de la Virgen y como la oquedad en que la Cruz se alzó. Con la Puerta Dorada, cuyos arcos traspuso dos veces el Señor: en la mañana del Domingo de Ramos, entre el clamor gozoso de la muchedumbre, y en la noche del Jueves, entre los denuestos y escarnios de la turbamulta. Con el Cenáculo —el primer templo de la Cristiandad—, donde Cristo entregó para siempre a los hombres el inexhausto manantial de Vida de Su sangre purísima y de Su inmaculado cuerpo. Con la Vía Dolorosa, que empieza en la mansedumbre del Pretorio para tener fin en el holocausto del Calvario. Con el Santísimo Sepulcro, que recibió los sangrientos despojos del Hijo del Hombre para de-

volvemos la infinita esperanza del resucitado Hijo de Dios. Pero Jerusalén —lo que Jerusalén tiene de ingravidez— está también aquí: con su Puerta Dorada, con su Cenáculo, con la Vía Dolorosa y con su Santísimo Sepulcro. Aquí, y en todas partes donde lata un corazón humano inflamado en el fuego del amor y la misericordia del Señor.

Una vez más las calles de Granada van a poblarse de los cortejos conmemorativos. La primavera en flor llena la vega de aromas y colores; cantan los ruiseñores en la Alhambra, y hay un eco patético y solemne en las campanas de las iglesias. Reverdece la pita en los canchales, y desde el Sacro Monte baja un aire templado y recogido, con lejanas fragancias de incienso. Todo se ha convertido en sosiego, levedad y cautela, como si una Granada introvertida se sintiese poco a poco templo. Violetas y azucenas —las flores del dolor y la pureza— languidecen en los frescos patios, donde el agua solloza. Y un tono de liturgia cuaresmal desciende por el río, que oculta ávidamente el brillo de sus arenas de oro. La Ilíberis cristiana, evangelizada por San Cecilio y redimida por los Santos Mártires, triunfa sobre la Alhambra musulmana, también cristianizada por la espadaña de la Vela, que extiende hacia los campos y hacia el mar el son de su campana y los brazos abiertos de su cruz. Y la angustia de lo que se presiente se apodera de todo: de la cristiana Ilíberis y de la Alhambra mora. Y hasta en silencio lloran los cipreses en los jardines del Generalife.

Granada vuelve a ser Jerusalén: una Jerusalén que rememora la Divina Tragedia para invitar a la meditación y al rezo. Pero una Jerusalén no exactamente reencarnada, porque el matiz—aquí—suaviza los contornos y las formas, representa el dramatismo y le abre el cauce de una serenidad contemplativa. Ya el paisaje es distinto, porque el duro desierto palestino, tierra de sequedad y penitencia, se convierte aquí en bosque y en flor. Difícil es, acaso, imaginarse nada más parecido a la Vía Dolorosa que el Albaicín, que incluso tiene su escarpado Calvario en San Miguel; con sus encrucijadas y sus esquinas, con sus calles en empinada cuesta y sus casas envueltas en sombras sigilosas. Pero la Vía del Dolor se hace en el Albaicín un camino donde la blanca claridad del carmen, las copas de los árboles que a la tapia se asoman, la frescura que mana del aljibe y el rosál que florece en la reja esfuman los contornos de la angustia para trocirla en callado sentimiento. Hasta el arte de la imagería pasionaria, que Granada heredó de Castilla, se matizó en las gubias de los imagineros granadinos: no hay aquí violencia en la expresión ni alucinadas contorsiones en las formas. La Pasión del Señor fué silenciosa y el dolor de la Virgen careció de arrebatos. Lo que importa —para el ejemplo y la edificación— no es tanto el horror del sacrificio externo como la serena mansedumbre

con que ese sacrificio fué aceptado y sufrido por el bien de los hombres. Más importa meterse en la entraña del Drama que contemplarlo con estremecimiento.

Porque Granada —tierra de introspección y de matices— se incorporó siempre a la entraña del divino Drama, no quiso hacer de su Semana Santa un espectáculo. Dios la llamó para excelsas misiones: para abrir las ibéricas puertas a la Fe cristiana; para ofrecer, en el Monte Sagrado, la sangre generosa de los primeros mártires españoles de Cristo; para forjar la unidad de la Patria, y para concertar con Cristóbal Colón, en el campo militar de Santa Fe, el descubrimiento de nuevos mundos. Como un símbolo de imperio de la Cruz sobre la Media Luna, Isabel la Católica quiso ser enterrada en San Francisco, dominando a la Alhambra. Sólo el afán de ganar almas para la Fe, y redimirlas con la sangre que Cristo derramó en la primera Semana Santa que conoció el mundo, impulsó a la gran Reina, que, al firmar en tierras granadinas las capitulaciones del descubrimiento y de la evangelización, erigió a Granada en la depositaria de un mandato. Y Granada, fiel a ese mandato, se trocó en misión. Pero en una misión de doble fin: el de convertir a los musulmanes recién conquistados y el de ser núcleo de irradiación de la Fe cristiana entre las poblaciones de los territorios que irían descubriéndose.

Nada misiona tanto como el ejemplo, y la catolicidad granadina fué, desde sus inicios, ejemplar. Granada se hizo una Jerusalén donde los episodios de la Pasión revivían, no en una mera ostentación externa, sino en su intento y prodigioso significado de fervor y de estímulo. Así nació en Granada, casi en los mismos años de la Reconquista, su mantenida tradición cofradiera. Con dos representaciones fundamentales y es posible que únicas: el sacrificio del Dios-Hombre y el dolor lancinante de la Madre; Cristo clavado en la Cruz y la Virgen traspasada por las siete angustias; la Redención suprema y el supremo camino de alcanzarla. En torno de ambas representaciones se aglomeraron las primeras Cofradías. Que tuvieron, ya desde sus orígenes, tres sutiles motivos: La contemplación piadosa de los misterios de la Pasión, el ejercicio de la penitencia y el ejemplo público de una reconcentrada profesión de Fe. Contemplación, penitencia y ejemplo, al amalgamarse y al fundirse, fueron elaborados en Granada su profundo sentido religioso actual: su catolicidad serena, íntima, recatada y devota, que ama el silencio y se refugia en la meditación; que no grita su Credo, pero que lo defiende; que no saca a la calle su fervor como una ostentación, sino casi como una confidencia. Ese intenso sentido religioso, impregnado de una rotunda trascendentalidad, no se conforma con móviles y signos intermedios, sino que va a la entraña: al Cristo moribundo o resurrexó o a la Madre angustiada.

Quizá por ello, la religiosidad granadina ha encontrado cada año, solamente tres grandes ocasiones procesionales: la de Semana Santa, en que está rediviva Jerusalén queda invadida por los cortejos de Dolorosas y Crucificados; la del Santísimo Corpus Christi, en que es el mismo Cuerpo de Dios-Hombre Quien se pone en contacto con las gentes, y la de Nuestra Madre de las Angustias, en que la presencia del supremo dolor de la Virgen renueva en las conciencias el hondo patetismo del Deicidio.

Yo conocí en Granada una Semana Santa sin Semana Santa. Quiero decir, una Semana Santa sin procesiones.. Eran los tiempos de la República, y un sectarismo antiespañol había prohibido desde el Poder las manifestaciones públicas de una Fe que comparían los más y, también, los mejores. Dos circunstancias, mejor que ninguna entre otras, me han dado la medida de la amplitud y hondura de la piedad del pueblo granadino: aquella luminosa mañana de Corpus en que, al cabo de tres años de no haberse celebrado la procesión, y, de regreso en la Catedral, rompimos como locos en aplausos y vivas al Señor, y esta Semana Santa sin Semana Santa. En la Semana Santa y en el Corpus —no hay en esto tópico ni hipérbole— Granada entera se convierte en un templo, en una capilla cada hogar y en un altar cada corazón. También aquella tarde de Viernes Santo, Granada se trocó en un inmenso templo, porque, para congregarse en el Campo del Príncipe, se quedó la ciudad deshabitada y muda.

¡Difícil cosa es querer comprender a Granada sin haber visto el Campo del Príncipe en un Viernes Santo!... Una montaña colosal de rosas y claveles, de jazmines y nardos, había amontonando el fervor anónimo del pueblo a los pies de la imagen de piedra del Santísimo Cristo de Favores, hacia el que se elevaba, en anhelo de amor, la forja retorcida de los viejos faroles de hierro. Una incontable multitud —cuarenta, cincuenta, sesenta mil personas..., ¿qué más da?—se fué adensando poco a poco en la plaza. Con un silencio espectral y solemne, que sobrecogía. Iban a ser las tres de la tarde, la hora misma en que, en lo alto del Calvario, todo se consumió... Yo diría que, al temblor de las luces de aceite, la piedra del Cristo cobró movimiento y se agitó en la Cruz con las angustias de los estertores. De pronto, del frontero reloj de San Cecilio cayeron una a una —lentas, macizas, graves y sonoras— las tres campanadas. ¿Recordáis cómo —en junio— el ímpetu del viento sacude las espigas, que se inclinan y se alzan a compás, como las olas de mar agitado? Así fué el flujo y reflujo de marea de aquella muchedumbre, en medio de un silencio impresionante, como de templo o de sepulcro. Así debió de ser el silencio que en el Gólgota sucedió a la Muerte, antes de que las nubes se rompiesen y se desgajasen las montañas. Las rodillas se doblaron sobre el suelo desnudo,

se inclinaron las frentes hacia el polvo y los labios murmuraron los tres Credos que piden tres favores. Es posible que, uno, fuese entonces el de que en las calles de Granada señoreasen de nuevo el Cristo moribundo y las angustias de la Madre, en una primavera encendida de paz. Luego, aquella multitud estremecida —cuarenta, cincuenta, sesenta mil personas..., ¿qué más da?— abandonó lentamente la plaza. Sin romper el silencio concentrado ni quebrar la emoción que les atenazaba...

Ya sé que, cada año y cada Viernes Santo, se repite aquella indescriptible escena. Para mí, en ella está, quizá, la más sustancial y lo más característico de la Semana Santa granadina. Así fué proclamado en aquella ocasión de la República, en que, frente a la inconsciencia de los persecutores, Granada entera se mostró como es; así lo proclamará esta Semana y siempre, porque, mientras Granada sea Granada, no faltarán jamás, ni al Cristo de los Favores ni a la Virgen de las Angustias, una plegaria y una flor. Y es que, en cada renovado Viernes Santo del Campo del Príncipe, está —con la Granada auténtica y eterna— su manera de ser y de sentir: la Fe, reconcentrada y silenciosa; la predisposición de penitencia; un ansia pura de aislamiento en la propia emoción; un sentirse más cerca del Señor cuando el Hijo de Dios, traspasado en la Cruz o muerto en el regazo de Nuestra Madre de las Angustias, consume por amor de los hombres el más definitivo de los sacrificios.